

Las salvadoreñas, avanzando

Nelly Twomey

A las 2:30 de la mañana el bebé gritó, mientras una enorme bomba sacudía a los campesinos dormidos en el piso embaldosado. En la oficina de COMADRES de San Salvador (un grupo de madres que ha perdido a sus hijos a causa de la violencia política) atacada el 31 de octubre, resultaron heridos un bebé de cuatro meses de edad, su madre y una mujer norteamericana.

Al mediodía, un miembro del escuadrón de la muerte, afiliado militarmente, llevaba una bolsa de tela con dinamita humeante al tumulto del pequeño restaurante de una popular federación salvadoreña de sindicatos, FENASTRAS. Al convertir la puerta de acero en cuchillos voladores, se hirió la parte superior de la cabeza de Febe Elizabeth Velásquez, la principal mujer sindicalista del país, y otras nueve personas perdieron la vida. Bajo un sol ardiente, en la calle salpicada de vidrios frente a la sede de la unión completamente destruida, se reunieron los cadáveres ensangrentados, un testimonio de horror. Varios norteamericanos que estaban dentro escaparon por muy poco de la muerte.

Ultrajada, declarando que las negociaciones con el gobierno salvadoreño eran imposibles hasta que se pudiera garantizar la seguridad de los trabajadores, la parte armada del Frente de Liberación Nacional Farabundo Martí abrió fuego, el 11 de noviembre, en su mayor ofensiva en la historia de la guerra civil del Salvador, que ha durado 11 años



y que ya ha costado 70 mil vidas. A pesar de que cientos de civiles de la ciudad tomaron las armas por primera vez y participaron con el FMLN en la toma de una tercera parte de la capital, no se dio un levantamiento general.

“El FMLN demostró un enorme poder militar al mantenerse una semana en la capital. La gente no lo creía posible”, expresó la líder de la mayor organización de mujeres salvadoreñas. “La gente podría haberse levantado pero en El Salvador hay mucho

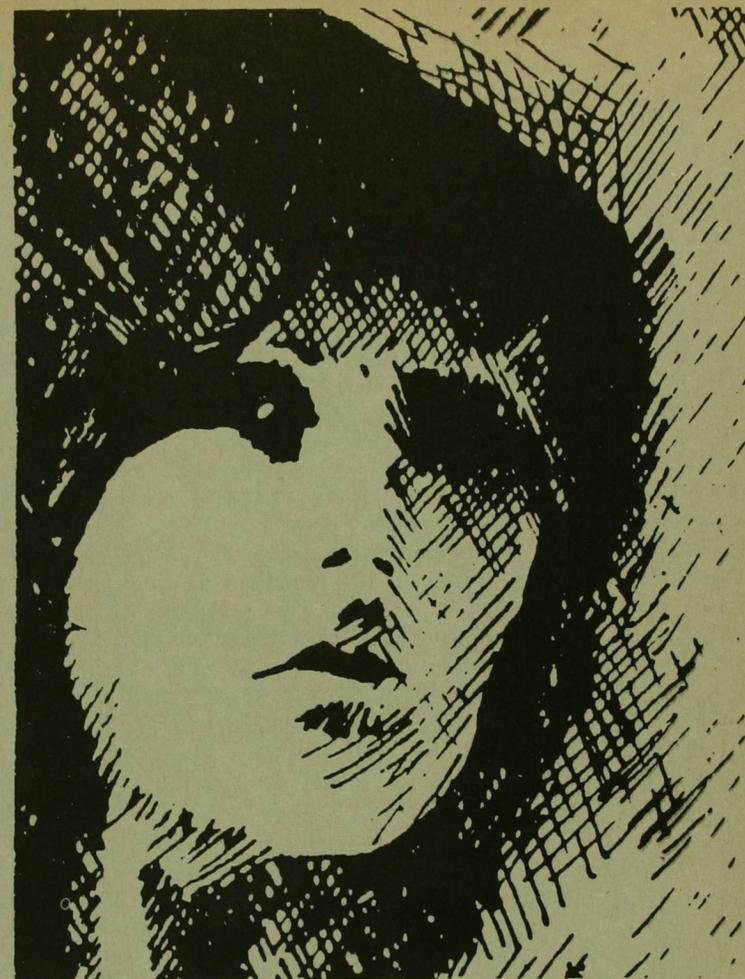
miedo. La gente tiene ideas muy progresistas pero el miedo los paraliza. No son cobardes pero sí las bombas caen, vas a salvar tu vida y la de tus hijos”, dijo en referencia a la decisión de las fuerzas aéreas salvadoreñas de usar bombas aéreas y cohetes y ametrallar las colonias densamente pobladas ocupadas por el FMLN, causando la muerte de más de mil civiles.

“La población civil estaba profundamente afectada y las organizaciones populares aún más”,

añadió, refiriéndose a la serie de asesinatos de carácter vengativo, relacionados con la ofensiva, y a los robos iniciados por las tropas del gobierno salvadoreño en contra de las iglesias, los sindicatos, los campesinos y los grupos de mujeres, incluyendo el asesinato de 6 sacerdotes jesuitas.

“Como siempre, el ejército, enfrentado a la imposibilidad de contrarrestar al FMLN, ataca a la gente y a sus organizaciones representativas”, dijo Marina Judith Peña, una de las líderes de ADEMUSA, Asociación de Mujeres Salvadoreñas, cuya oficina fue destruida cinco veces durante el año pasado por las tropas gubernamentales. En efecto, una delegación del congreso de los Estados Unidos, con el congresista Joe Moakley a la cabeza, que visitó El Salvador a mediados de febrero, declaró: “Es particularmente importante que las fuerzas armadas salvadoreñas puedan distinguir, como institución, entre los que toman las armas contra el gobierno y aquellos a quienes sus convicciones políticas o religiosas los ponen simplemente en desigualdad con el gobierno. . . . Alentar un cambio genuino en las fuerzas armadas salvadoreñas y en otras instituciones mayores sigue siendo el mayor desafío que enfrenta El Salvador, un desafío que, a pesar de la enorme inversión de dinero y esfuerzo, todavía no se ha cumplido”.

Sufriendo enormes pérdidas a manos de las tropas gubernamentales y en desigualdad no sólo con el gobierno en un país fuertemente machista, estaban las organizaciones del incipiente movimiento de mujeres salvadoreñas, quienes soportaron el asesinato de dos figuras muy importantes en el movimiento de mujeres: Febe Elizabeth Velásquez y Norma Guírola de Herrera; la destrucción de por lo menos seis oficinas de los grupos de mujeres; el saqueo de un centro de cuidado infantil y de dos tiendas de cos-



Cotidiano Mujeres. Uruguay.

tura; el cierre temporal de otros dos centros de cuidado infantil y el exilio, encarcelamiento o el tener que ocultarse, de muchas mujeres activistas.

“Nuestra compañera Febe era una mujer en verdad combativa y no quería morir”, recordaba Sarahí Molina, sobreviviente del bombardeo a FENASTRAS. Febe empezó a trabajar a los trece años de edad cosiendo primero guantes para comunión; después avanzó hacia un trabajo en la fábrica Levi's y luego hacia el liderazgo de FENASTRAS, una de las federaciones de sindicatos más grandes de El Salvador, cuyos más de 5 mil miembros femeninos forman el comité de mujeres COFENASTRAS. Además, por varios años, esta vibrante mujer de 28 años de edad —que tenía

una madre sorda, nunca conoció a su padre y fue criada por su abuela—, fue la única mujer en la directiva de la UNTS, la Unidad Nacional de Trabajadores Salvadoreños, la coalición de trabajadores y campesinos más grande del país.

Saharí Molina recuerda el día del bombardeo, cuando acompañó a la moribunda Febe al hospital. “La compañera quería vivir. Camino al hospital, a la ambulancia se le acabó la gasolina y tuvimos que cambiarnos a una camioneta pick-up. La compañera sólo me miraba y lloraba, y en un determinado momento me dio su mano y apretó la mía, pero luego perdió fuerza. Hemos sentido muchísimo la pérdida de Febe pero tenemos que seguir adelante, trabajando para que el movimien-

to sindical se levante otra vez gracias a nosotras, las mujeres; porque, por qué no decirlo —enfaticizó—, Febe nos enseñó que las mujeres podemos trabajar en igualdad con los hombres e incluso subir más alto que ellos”.

Ahora, los miembros de COFENASTRAS se están reagrupando en una oficina temporal y están buscando un nuevo sitio para su centro de cuidado infantil, localizado antes en Sayapango, una colonia marginada que sufrió un intenso combate.

Una segunda desgracia golpeó al movimiento de mujeres salvadoreñas con el asesinato, el 12 de noviembre, de Norma Virginia Guirola de Herrera, fundadora y presidenta del IMU, el Instituto de Investigación, Entrenamiento y Desarrollo de las Mujeres. Nora

García, la nueva presidenta del IMU, explicó cómo murió la escritora y erudita de 42 años de edad. “Norma estaba ayudando a la población civil en San Marcos (una colonia marginada) donde la gente fue herida desde helicópteros y por ataques de aviones. Estaba proporcionando medicamentos cuando el ejército la capturó en la mañana del 12 de noviembre y la llevó al cuartel El Zapote. Su cuerpo apareció en la morgue del cementerio general; su cara estaba destruida por balazos muy cercanos uno del otro”.

En contraste con la estridente oradora Febe Velázquez, quien llegó al poder de los sindicatos tradicionalmente dominados por hombres, la tímida Norma fue pionera en actividades que crearon el movimiento salvadoreño

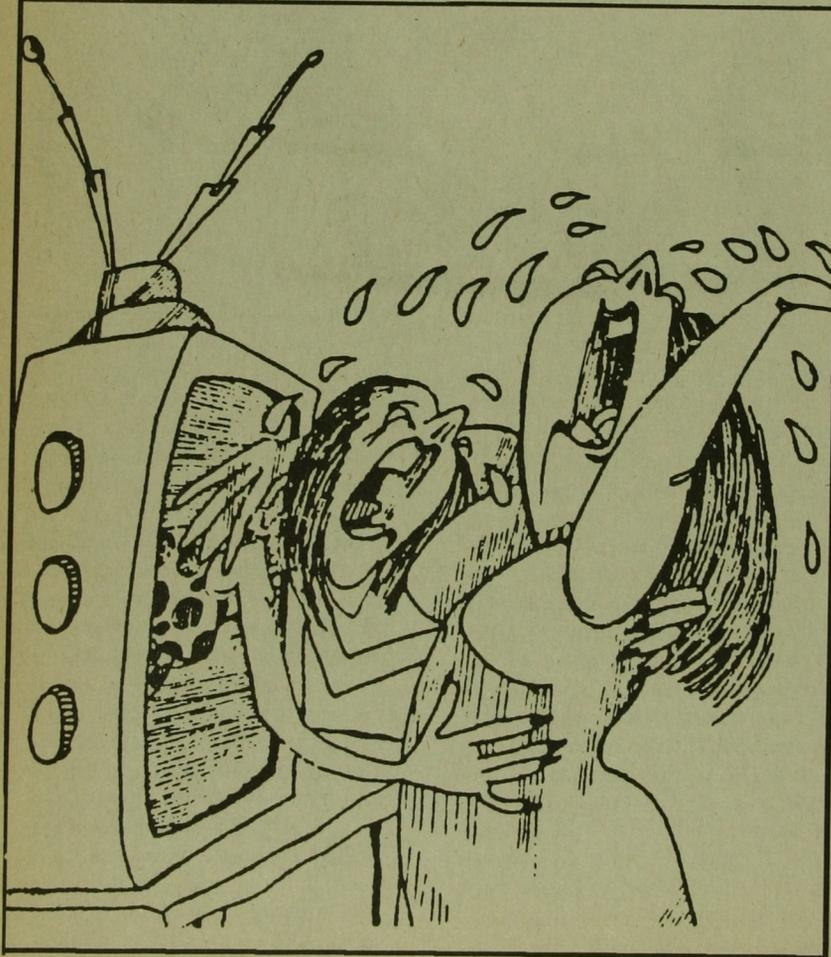
de mujeres que nació recientemente, organizando en 1987 la Conferencia de las Mujeres y la Paz en la Universidad Nacional donde asistieron 300 mujeres, así como abriendo CALMUS, Centro de Atención Legal a las Mujeres, todo esto mientras transformaba el IMU en un centro de recursos completo para mujeres.

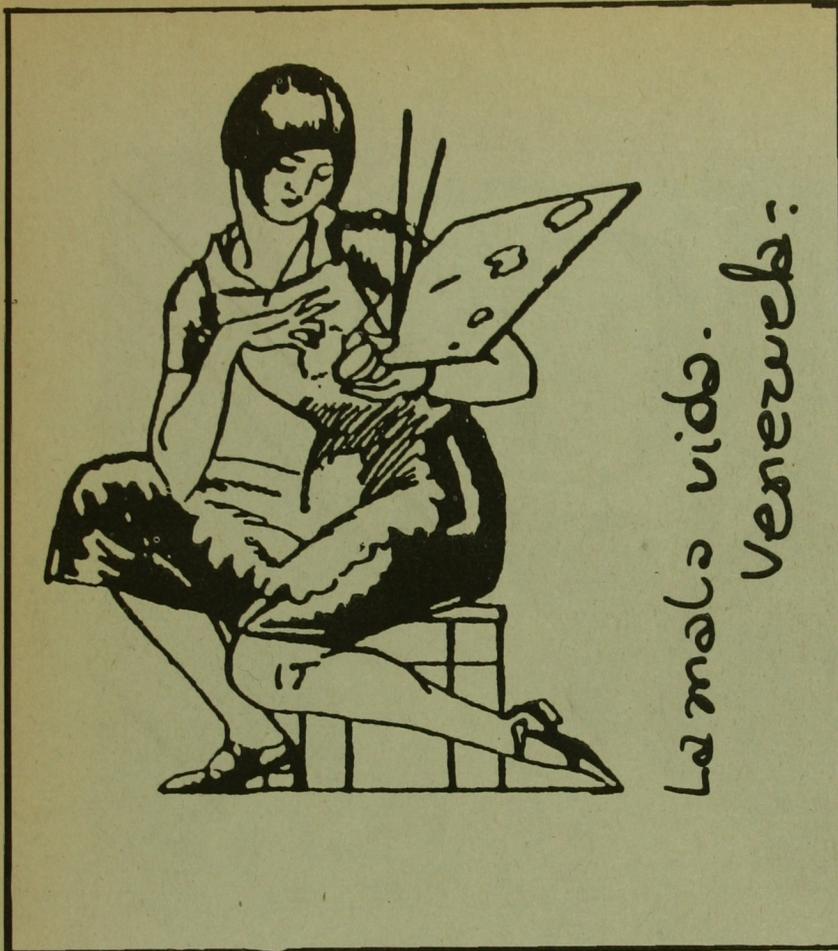
La tragedia de perder a Norma se duplicó con la muerte, durante la ofensiva, de un miembro del IMU de 23 años de edad, Tanya Valentina Parada Guirola, sobrina de Norma, estudiante de ingeniería encargada, entre otras cosas, de un espectáculo con títeres, destinado a concientizar.

Estas dos muertes dejan como presidenta del nuevo IMU a una Nora García afligida pero determinada, de 31 años de edad que, antes de trabajar en el movimiento de mujeres, lo hizo durante siete años en una farmacia. “Esto me ha golpeado muy duro, ya he tenido suficiente de la guerra”, reflexionó Norma. “Todos han sufrido mucho. Actualmente cuando alguien dice que tenemos que dialogar y terminar la guerra, ya no es solamente un slogan, es algo que sale del corazón de todos”.

Aún en duelo, el IMU ha establecido su oficina en un nuevo lugar. “Antes de la ofensiva, habíamos estado planeando un retiro para escritoras en noviembre y un campamento de paz para niños en diciembre”, dijo Nora, explicando que ambas actividades estaban proyectadas para la última parte del año. Este año, IMU espera abrir una “Casa de la mujer”, centro para mujeres al estilo latinoamericano, así como una revista para mujeres.

Si el acosado movimiento de mujeres salvadoreñas contemplaba la posibilidad de dar tratamiento médico, debe estar por hacerlo. El equipo médico completo de la primera y única clínica del país para mujeres violadas, abierta apenas el año pasado por





la CONAMUS, Coordinadora Nacional de Mujeres Salvadoreñas, fue confiscado en un allanamiento del ejército durante la primera semana de la ofensiva. "Las fuerzas armadas robaron equipo de oficina, aparatos para nuestro programa de radio "Abriendo Caminos" y todo el equipo de la Clínica para la atención integral de la mujer, incluyendo mesas ginecológicas, espéculos, termómetros, algodón, etc. . . más de \$ 8 mil en daños", dijo una representante de la CONAMUS que prefirió no ser identificada. "No tenemos conexiones con nada militar, pero la primera brigada ha emitido un comunicado acusándonos de ser un grupo del frente FMLN. Estamos tratando de aclarar esto con la primera brigada, quienes niegan por com-

pleto que hayan allanado nuestras oficinas".

"Nuestro trabajo es legítimo", afirmó la portavoz de la CONAMUS, organización formada en 1986, una de las pocas agrupaciones de mujeres que se autollaman feministas. Ha sido la precursora en dar a conocer los episodios de violación y violencia doméstica y sueña con abrir un refugio para mujeres golpeadas (esto cuando ellas mismas dejen de ser golpeadas). "Si esto es subversivo, entonces todos los grupos de mujeres del mundo serían prisioneros", afirmó. La COMANUS celebró la reinauguración de su clínica para mujeres el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, después de pedir aprobación gubernamental. "Si queremos celebrar el Día Internacional de la Mujer,

tenemos que pedir permiso a la Guardia Nacional", dijo una representante de la COMANUS. "Bajo el estado de sitio, está prohibido que nos organicemos nosotras mismas", dijo en referencia a las restricciones a ciertos derechos civiles impuestas por el gobierno y aún con efecto desde la ofensiva.

La ausencia de derechos civiles no es nueva en El Salvador, país que por largo tiempo ha mantenido uno de los peores registros en derechos humanos en el hemisferio occidental. En ningún lugar esto es más cierto que en la parte este del país, casa de la AMS, Asociación de Mujeres Salvadoreñas, la asociación más grande de campesinas, con más de 3 mil miembros diseminados en más de cien comités, a través de las áreas más conflictivas como Morazán, Usulután, La Unión y San Miguel. Para evitar que las fuerzas de seguridad del gobierno las reconocieran, las dos representantes de la AMS entrevistadas, las dos campesinas, se hicieron permanente, se maquillaron y usaron ropas de ciudad (cambiar de apariencia es una forma de autodefensa común en El Salvador). Tampoco se sentían a salvo como para visitar a sus familias en el campo. "En Moralapa, Usulután, en diciembre, la sexta brigada arrestó y encarceló a 10 mujeres". Describieron la intensa campaña de bombardeo aéreo que, a partir de la ofensiva, ha causado un gran número de víctimas entre la población civil, lo cual el mundo exterior ha ignorado. "Mujeres y niños resultaron heridos y fueron dañadas muchas casas durante los bombardeos a las poblaciones de La Peña, Las Marías y Jocote Dulce en San Miguel, así como a Usulután", explicaron.

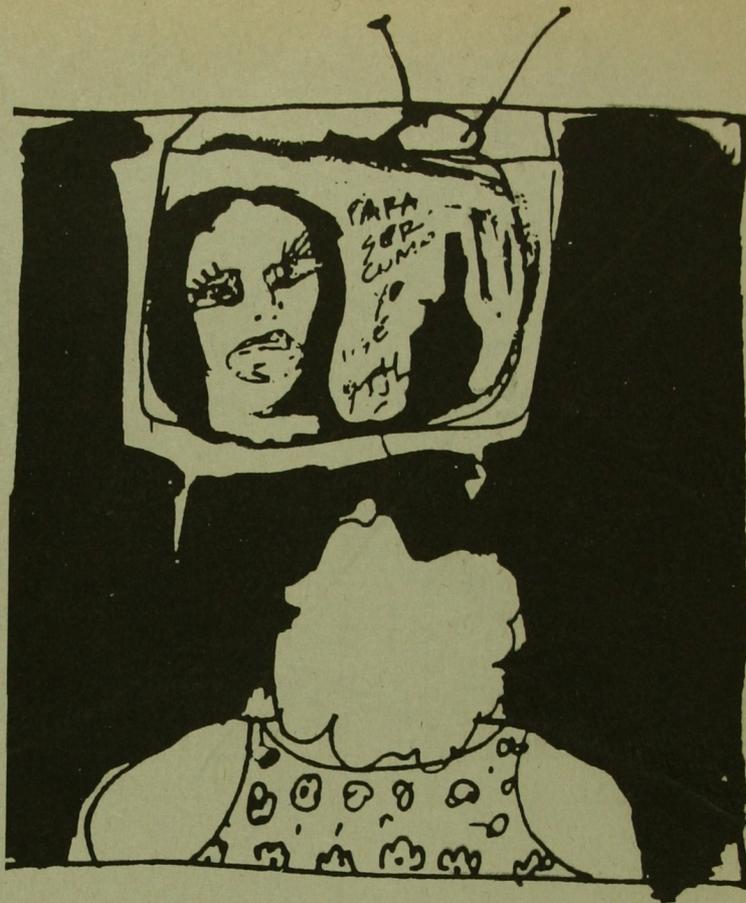
A principios de marzo, la AMS reabrió una oficina en la capital con la esperanza de restablecer contacto con sus miembros dispersos. Después del allanamiento

militar que sufrieron durante la ofensiva, están empezando desde el principio. "La guardia nacional se llevó todo, 4 máquinas de coser, 3 de escribir, el refrigerador, la estufa, sillones, fotos, nuestra ropa, todo", explicó una portavoz. También se robaron sus folletos, libros y archivos, difíciles de rehacer en una organización en la que la mayoría de las mujeres no sabe leer ni escribir.

"Queremos continuar con nuestros programas de alfabetización y de salud. En el campo, las mujeres insisten en que nuestra organización vuelva a funcionar. En los últimos meses, en Morazán, nuestros miembros han continuado con los proyectos para coser, hacer tiendas populares e incluso un estandarte para dar la bienvenida a casa a refugiados de Honduras", añadieron líderes del AMS.

Mientras unas mujeres saludaban a quienes regresaban, se mandó a otras mujeres al exilio como consecuencia de la ofensiva. Isabel de Guevara, la dinámica líder del MSM, el Movimiento de Mujeres Salvadoreñas, ha estado fuera de El Salvador desde noviembre. Ella ha sido la punta de lanza para que las mujeres se comprometan con el Comité para el Debate sobre la Paz Nacional, un esfuerzo de los ciudadanos a favor del diálogo y las negociaciones, el cual inicialmente olvidó invitar a las mujeres a participar. Los policías de finanzas allanaron la casa de Isabel la primera semana de la ofensiva y como no la encontraron, arrestaron a su esposo. Otra de las principales personas del equipo del MSM, una italiana, fue arrestada y deportada.

Varias activistas más del MSM, que organiza a mujeres desempleadas y promueve proyectos económicos, han estado en la cárcel para mujeres en Ilopango. Fueron culpadas por haber participado en una "boda falsa" en una colonia pobre la noche en



Cotidiano mujer. Uruguay.

que empezó la ofensiva; una hileira mostrando sus caras tristes apareció en el periódico en noviembre (de hecho, las fiestas eran un método usado por el FMLN para iniciar la ofensiva al reunir a muchos combatientes que podían llevar grandes "regalos" envueltos).

El equipo completo y 30 mil estudiantes de la Universidad de El Salvador sufren de exilio interno. Por órdenes militares, la ciudad universitaria está cerrada desde que empezó la ofensiva, forzando a los miembros de la universidad a abrir una tienda en edificios rentados por toda la capital. La zona que rodea la universidad nacional, que tiene mandato constitucional, fue escenario de violentas luchas. La Lic. Orlia de Rivas, directora adjunta de

Humanidades y presidenta del MUES, Mujeres de la Universidad de El Salvador, explicó los planes del MUES para administrar un centro de cuidado infantil para trabajadores de la universidad. Esto, lo mismo que el sueño de crear el primer programa de estudios para mujeres posgraduadas, está en suspenso hasta que la universidad y el gobierno resuelvan sus diferencias políticas.

Aun con lo deprimentes que son estas experiencias, los grupos todavía existen. Otras organizaciones, como la AMIS, Asociación de Mujeres Indígenas Salvadoreñas, no pudieron ser encontradas para hacerles una entrevista en marzo. Su suerte es una pregunta sin respuesta como también lo es el estado legal de su cooperativa

agrícola de mujeres, cerca de Sonsonate, su proyecto comunal en San Vicente y otros esfuerzos.

Ante tal panorama de sufrimiento y destrucción, que tiene que soportar el llamado "sexo débil", surgen naturalmente preguntas: "¿Qué es lo que mantiene a estas mujeres? ¿Qué clase de pastillas están tomando para tener fuerza? ¿Son santas, masoquistas o sólo comunes "josefinas"? Lo que le da leña a su fuego, ¿son los altos ideales de la liberación femenina o es algo más básico?

Para aclarar esto, buscamos a las mejores candidatas, los tres comités de madres. Si hay personas en El Salvador de quien puede decirse que piden vorazmente castigo, son estas madres de niños asesinados las que llenan los requisitos. "Lo que nos motiva como comités de madres es nuestra misión de terminar con las violaciones a los derechos humanos", explicó Apolonia Sofía Alas Ereamilla, de 55 años de edad y líder de COMADRES, cuya hija y sobrino fueron asesinados por los escuadrones de la muerte en 1980. La frágil mujer fue severamente golpeada y encarcelada junto con otros miembros de COMADRES cuando los policías de finanzas allanaron sus oficinas en noviembre, robando más de \$ 400 mil en equipo médico y provisiones de oficinas destinados a donaciones a hospitales. Las bombas han destruido su oficina tres veces desde 1980.

"Visitar a cientos de prisioneros políticos nuevos, capturados desde la ofensiva, es lo que nos mantiene", explicó Guadalupe Mejía, de 46 años de edad y vicepresidente del CODEFAM, otro comité de madres. Después de un cierto número de llamadas telefónicas amenazantes, los 50 hijos de prisioneros y asesinados que reciben atención física y psicológica en el centro de cuidado infantil, son llevados a refugios temporales hasta encontrar un lu-

gar más seguro. El COMEFAC, Comité de Madres Cristianas, no fue frenado por el hecho de haber sido rodeado por 20 soldados durante dos horas el pasado enero, cuando 10 de sus miembros regresaron por primera vez a limpiar los escombros de su oficina anterior. Los militares las acusaron de tener una reunión. Estas madres se inspiran en el deseo de reabrir su centro de cuidado infantil, su tienda de costura y su clínica, todo destruido por el ejército.

Pero una motivación implícita y más básica para esta lucha de mujeres y, de hecho, para todo el conflicto salvadoreño es: el HAMBRE. Hambre de comida, de libertad y de democracia. "En los últimos meses hemos tenido una inflación de 36 por ciento debido al plan económico ARENA de liberación de precios", explicó una líder de ORMUSA, Organización de Mujeres Salvado-

reas para la Paz, cuyas instalaciones sufrieron daños menores durante el conflicto. "Una lata de leche en polvo para mi bebé que costaba 30 ó 40 colones, ahora cuesta 60. Los precios de la gasolina han subido de 9 a 12 colones".

"Los salarios se mantienen igual y miles de empleados públicos han dejado de trabajar", añadió Marina Judith Peña de ADEMUSA. "La situación de las mujeres está mucho peor de lo que estaba en noviembre. Lo que nos obliga a seguir trabajando es el deseo de que nuestros hijos vivan en una sociedad libre, democrática y justa, que estamos seguras de que podemos alcanzar".

* La autora, Neil Twomey, es una feminista norteamericana que ha vivido en El Salvador por dos años y medio.

Traducción: Victoria E. Zamudio Jasso.

